LIBROS RECIBIDOS

A. Hidalgo: *Simplismo.* (Poemas inventados. Editorial El Inca. Méjico.)—V. de Lascano: *De la elegancia mientras se duerme.* (Editorial Excelsior. París.)—M. Núñez de Arenas: *Don Ramón de la Sagra, reformador social.* (Extrait de la *Revue Hispanique.* París.)—Pedro Kroprotkin: *Etica.* (Editorial Argonauta. Buenos Aires.)—Enrique González Martínez: *El Romero alucinado. Las señales furtivas.* (Biblioteca Calleja. Madrid.)—S. Freud: *Psicología de las masas y análisis del yo.* (Biblioteca Nueva. Madrid.)—M. Bisbé: *En los jardines del Silencio.* (Poesías. Ed. Hermes. Habana.)—J. C. Rébora: *La planta-hombre.* (Sociología Argentina. La Plata.)—J. Devolx: *Nuevas poesías.* (Málaga.)—J. Brunet: *Horas rústicas.* (Calpe. Madrid.)—Dr. Arturo Orgaz: *«Lo desconocido» en las ideas y en las instituciones.* (Universidad de Córdoba. Argentina.)—Francisco Luiz Bernardes: *Alcándara (Imágenes).* (Ed. Proa. Buenos Aires.)—J. M.ª Hinojosa: *Flor del Campo.* (Madrid.)

REVISTAS

La Nouvelle Revue Française. (1 julio 1925. París.)—*Sagitario.* (Núm. 1. La Plata, República Argentina.)—*Cuba contemporánea.* (Mayo 1925. Habana.)—*La Revue hebdomadaire.* (18 y 25 julio. París.)—*Biblioteque universelle et Revue de Geneve.* (Julio 1925.)—*les feuilles libres.* (Núm. 40.)—*Commerce.* (Núm. IV.)

IMPRENTA CARO RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID

Año III N.º XXVII

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

LUIS DE ZULUETA: *El enigma de Rusia* * GERARDO DIEGO: *Bodega y Azotea. (Versos.)* * MARJAN PASZKIEWICZ: *Reflexiones sobre la pintura nueva* * MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Del brazo de mi mismo* * FRANK BOHN: *El Ku Klux Klan* MANUEL BASTOS: *Cirugía reconstructiva*

NOTAS.—M. F. A.: Viajes de Gracián * CORPUS BARGA: Don Juan y los placeres renanos * E. GIMÉNEZ CABALLERO: *Cantos y cuentos del Antiguo Egipto* * G. D.: Colón, rompecielos * BENJAMÍN JARNÉS: Jean Cocteau, *Poésie* * ANTONIO MARICHALAR: Resaca literaria * G. D.: Luys Santamarina, *Tras el Águila del César. Elegía del Tercio*

Precio: 3,50 Madrid Septiembre 1925

ca, allá va uno más grave, porque lo evaporado es nada menos que el apresto artístico de un párrafo, fuertemente impregnado del mejor gongorismo. A saber:

«... aquél portento alado de belleza, el pavón de Juno. Mirábanle sol de pluma amanecer con rayos, cuantos descoge plumage en su bizarra rueda.» (Gracián. *El Discreto*).

«... le célèbre prodige de beauté, qui est le paon, cher a Junon. Ainsi que le soleil levant déploie ses rayons, ils le voyaient faire la roue avec son brillant plumage» (Bouillier, en su traducción).

Una vez más en Francia, quizá reciba Gracián el desagravio que le debe el fantasma de Voltaire, sin que sea necesaria la rectificación de la frase con que el francés hubo de motejar al español. «De Arlequín» dijo Voltaire que era el estilo de Gracián. Pero de entonces acá, Arlequín ha ganado no escaso prestigio. Hasta es posible que en lucha contra el baturro—sobrecargado de razón y brusco—que hay en Gracián, consiga Arlequín la supervivencia de este jesuíta cuyo traje talar se nos aparece losangeado con viveza y malicia por un libre juego de intenciones satíricas.—*MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO.*

Don Juan y los placeres renanos

HACÍA tiempo que en la literatura gala no había una mujer como esta francesa Francina de la *Europa galante** *(Les Plaisirs Rhénans)* por la que fuera uno capaz de sentirse henchido y en relincho. «Il hennit», dice ella de su Seductor. (Se podría escribir—y no saco patente—la confesión de

* Paul Morand, *L'Europe Galante*, B. Grasset. París.

los amores de una criatura real con las criaturas pirandelizadas, las hijas de la imaginación que viven en las artes, más o menos plásticas, más o menos líricas. Pero, claro está que todos los amores, ¿no son hijos de la imaginación que, a veces, se realizan?

A un hombre le resulta muy difícil saber lo que él es para las mujeres y le resulta imposible saber lo que es para los hermafroditas. Como a Adán, yo siento que mis mujeres salen de mis sueños y de mis chuletas. Si tuviera que escribir, nuevo Turguenev, mi primer amor, tendría realmente que referirme a la bacante arrebolada que está tendida en el Prado de Madrid, en una bacanal del Ticiano. Y mi último amor, que, como todo amor de verdad, por poco que dure se jura último, eterno, confieso que es esta Francina, hija de Europa y de Paul Morand. Confieso mi flaqueza y entrego a la crítica este dato inmediato de mi conciencia.) Francina llega a Essen a reunirse con su marido, durante la ocupación francesa de la cuenca del Ruhr (1923). Llega de París con las encías pálidas, viento en la cabeza, «toilettes» inútiles, muchos discos y canciones nuevas para disipar los recuerdos antiguos. Y sus almohadones sentimentales por donde se han quedado rodando sus «vieilles amours». En los últimos tiempos ha tenido con París «assez mauvais rapports», le ha sido posible alejarse.

Todo esto es bastante genérico aunque muy insuficiente para hacer posible un amor especial. Hasta que, en una carta del 15 de octubre, Francina escribe a una amiga: «Le matin, le fumier fume; les croupes de chevaux aussi». También nuestra sensualidad. Francina nos ha captado esa mañanita de octubre. Cuatro días después, le escribe a la misma amiga: «Tu est temoin, Anita, que la plupart des hommes, je les ai menés où j'ai voulu».

Ya somos unos de estos hombres dispuestos a que nos lleve adonde quiera. ¿Seremos como su marido Hervé, según ella: de gran inteligencia, agradable sociedad, mala salud y con el escepticismo, flexible y amarillo, de los europeos que han

vivido en las regiones tropicales, un occidental ardiente y que sabe arreglárselas solo, un francés colonizador, un bretón calmoso y sufrido, que ha explotado unas minas en el Tonkin y que es víctima de su carácter, de su hígado y de las drogas? A pesar de sus sienes blancas, Hervé, para su mujer, es un hombre a quien le gusta crear y admirar, es un artista. El gobierno francés le ha enviado al Ruhr como inspector de secuestro y el Sr. Poincaré le encarga una misión económico-diplomática para favorecer el separatismo renano.

¿Y por qué no hemos de ser, para Francina, como su Seductor, Walter, un muchacho de una treintena de años que parece aun más joven, atlético, con una figura no regular pero faunesca, radiante y lleno de ardor, muy quemado por el sol de las playas de la Prusia oriental, fresco de alma y de una tiesura inglesa y un orgullo alemán que le va bien, rural y místico, algo loco, que no desea nada de París, salvo a Francina, a la que sabe tratar, humillar? Walter es el hijo de un barón industrial del Ruhr; vive con un lujo potente y tranquilo. Lo que tiene de envidiable es la piel. Francina escribe: «sa peau me plait». En cambio él la puede decir: «Ecoute, Francine, tu es laide... seul ton corps est bien fait.» Y confiesa que la quiere: «—Moins que ma patrie», en francés, en el francés excelente que habla Walter, patriota alemán contra todo separatismo.

La intriga de este cuento ya se adivina cual es. Está latente. Le basta al autor con hacer alusión a ella. Entre Hervé y el Seductor, los dos con la segunda intención política de engañarse, Francina es la «víctima», el personaje bueno. Por eso, no es que nos atraiga su sensualidad, es que llegamos a quererla por sensibilidad, como se quiere a los personajes buenos de todos los cuentos. Llegamos a odiar a Walter, no por celos, sino, al contrario, porque su pasión falseada le hace no dar gusto y hacer daño a Francina. «Il me fit mal et aucun plaisir» confiesa ella en sus cartas refiriéndose a la escena culminante de una noche en que su marido la deja en brazos del Seductor para salvar a un jefe separatista a quien el

Seductor o perseguidor viene persiguiendo y que, en efecto, perece asesinado.

Después, ella se va a París, que se encuentra a doce horas einstenianas del Ruhr, en otro mundo. Cuando vuelve al Ruhr, Walter se ha casado con una judía manoseada y sigue tan enamorado de Francina, que rinde su orgullo: «C'était émouvant—escribe Francina—tout d'un coup, ce grand Boche faisant camarade et moi si changée, si maîtresse de moi». No tanto que no llore al dejar a Walter con la judía. Se consuela pensando en que él también llorará y sin tener con quien consolarse, mientras que ella tiene a su marido. Esta es la moraleja psicológica del cuento. Francina tiene confianza en los hombres y en la vida porque se reposa en su marido confiadamente.

Al final de todas sus aventuras ve que todos, e incluso ella misma, se han engañado menos él. «Les gens disent qu'il ferme les yeux: non, il regarde entre ses cils, toujours prêt à me porter secours. Rien ne l'atteint, mais tout le touche.»

Con estas frases de Francina termina este cuento clásico contado en estilo epistolar. Le falta, pues, uno de los elementos que han dado más fama a su autor: el estilo Morand, ya más acreditado que el chocolate Morand. Tal falta no puede ser obstáculo para que la página última sea quizá la más fina que se ha producido bajo la misma marca. El estilo Morand no comporta precisamente la finura. Las imágenes se hacen a golpe de platillos, aplastando una contra otra las dos figuras de la comparación. Convenientemente aplastada, la imagen es metida en la frase como un taco en una obra de carpintería.

El estilo Morand, en prosa, es una reproducción, por no citar otros antecedentes del autor mismo, de su propia obra de poesía. El éxito, en el gran público, de los primeros cuentos, las *Noches*, de Paul Morand, que fué en la misma medida cierta

decepción, acaso cierta incomprensión, en los primeros admiradores del poeta, se debió en gran parte a la audacia de ser éste el primero que se arruinaba cambiando en moneda corriente las imágenes sin precio que sólo tenían curso entre unos cuantos. El éxito no valía más.

Pero no es ocasión de examinar el estilo Morand con motivo de un cuento en donde precisamente su proveedor no lo ha empleado. Ha utilizado, en cambio, sus otros dos elementos de éxito: el de geografía política y el de geografía sexual.

El cosmopolitismo de Paul Morand alcanza aquí un triunfo sobre sí. Deja paso franco al espíritu francés que de quien trata con más acierto es de los franceses y de los alemanes—sus complementarios. En cuanto Paul Morand se aparta en cuerpo o en alma del centro de Europa, se ve que no está en su elemento. No hacía falta reconocer la supremacía de sus obras como *Les Plaisirs Rhénans* o *Les Amis Nouveaux* para considerar que este centroeuropeo conoce mejor a los «centrípetas» que a los «centrífugas». En uno de sus cuentos primeros, *La Noche Catalana*, hay un trozo en que presenta a un profesor de París y por el que se podría dar todo el resto. En los *Los placeres renanos*, aparte de que la cuestión francoalemana está salvada con una comprensión que hace honor a un talento diplomático, comparable al de Giraudoux en *Sigfredo y el limosín*, la geografía política se utiliza literariamente en uno de sus conflictos más difíciles. Paul Morand no es un cosmopolita por serlo, sino por las situaciones a que le da lugar.

Lo mismo le sucede con el otro de sus elementos de éxito. La pornografía en él no tiende a producir sensualidad, como por ejemplo, en el parisianismo de Toulet, o en el helenismo de Pierre Louys, o en el cosmopolitismo de Casanova. Es siempre algo teratológica. En Paul Morand, lo pornográfico, como lo cosmopolita, es la manera de producir una situación que desafía a los acontecimientos. En este sentido, se diría que hay cierto donjuanismo en Paul Morand.

Entendámonos. Se ha desfigurado tanto la figura de Don Juan, que no está de más restablecer el sentido común de los textos: *El burlador de Sevilla, Le Festin de pierre, Don Juan Tenorio.*

Stendhal no se equivocaba en este sentido. Tratando del amor fué quien opuso Werther a Don Juan. Evidentemente, Don Juan, en cuanto se enamora, deja de ser Don Juan. Don Juan Tenorio no es tanto Don Juan, como Doña Inés, la gran creación de Zorrilla. Don Juan no es tampoco esencialmente un sensual; es un juerguista sevillano por la necesidad psicológica de producirle en un medio de espíritus dispuestos a la osadía. Lo esencial de Don Juan no es que le gusten las mujeres, ni que guste a las mujeres. En la primera aventura del «Burlador», una de las aventuras inverosímiles que corren por las literaturas clásicas, se muestra entero. La mujer sólo le conoce después de haberse entregado a él creyendo haberse dado a otro. Don Juan aquí es el burlador en el sentido más estricto de la palabra. No es que engañe a la mujer con ser Don Juan, sino por ocultarlo.

No hay que confundir el hombre, que ha debido producirse en todas las civilizaciones, dado a las mujeres y preferido por ellas, con Don Juan que es un producto de un clima espiritual determinado. Nada más equívoco que suponer, como se ha supuesto a un Casanova, aunque fuese el personaje de sus «Memorias», el espíritu de un Don Juan (a Casanova bien hallado con la sociedad y, al fin y al cabo, espía de la República de Venecia). Es decir, recientemente y con la mejor intención, se ha cometido otro equívoco donjuanista mayor: el de suponer Don Juan a Lope de Vega, el secretario de amores que, para conquistar a las mujeres, era un maestro en las artes amorosas menos donjuanescas, las de tercería. Por motivos más sabios pudiera decirse que hasta el rey Salomón fué un Don Juan.

Lo esencial de Don Juan, no es lo que tiene de parecido a los hombres felices con las mujeres; es, claro está, lo que le distingue de ellos. Don Juan es el espíritu de desafío (la apuesta de Don Juan), capaz de atreverse a lo más terrible, que, en la moral mamífera, es mancillar a la mujer, a la familia. Don Juan es el desafío a la sociedad católica y a Dios. Sus autores discretos han ocultado su desafío al rey. En los tiempos románticos de la libertad, el rebelde político, como el racionalista clásico, ha tenido mucho de Don Juan, mucho más que los perseguidores de faldas.

El donjuanismo en los cuentos de Paul Morand, no estaría en su carácter amoroso, sino en sus situaciones como desafiadoras (lo extraordinario que se les ha reprochado). Desafíase, es verdad, a las cosas, pero no a los hombres en esos cuentos. Pone el autor en ellos, como dice en *Céleste Julie*: «la sympatie d'un auteur sans coeur pour ce qui est vivant». La simpatía por la vida sin comprometerse, no por el gusto de Don Juan de desafiar a la vida. Una simpatía de conformista. Lo mismo con las multitudes que con las mujeres. Sin otra preocupación que estar a su altura excepcional. Camino del oriente adonde va como diplomático, por el occidente, Paul Morand, hablando en *Le Journal* de un *match* de boxeo en New York piensa que, para manejar a la multitud neoyorquina, haría falta un poeta como Hugo. Y escribe: «Il me vient à l'idée que Víctor Hugo n'est pas à l'échelle de la France. Il est fait pour être le poète d'un pays de 200 millions d'habitants. C'est pourquoi sa monstruosité nous fait souffrir».

Debajo de esta broma se puede hallar un sentimiento muy serio y que no tiene nada de donjuanismo, ni de dandismo, también achacado a Paul Morand y que es el donjuanismo británico más que el del Don Juan de Byron. Particularmente, Don Juan no tiene nada que ver con los placeres renanos. Ha pasado el Rin hace tiempo, ¿con la música de Mozart? Dostoievski se planteó directamente, entre las variedades de la fauna rusa, el problema donjuanesco del desafío al medio y al más allá, y dió con Don Juan Karamazov.

Los placeres renanos son los menos «situados» de Paul Morand, los más naturales, los más humanos. No son esos juguetes de madera que se ha entretenido otras veces en articular admirablemente el poeta con sus monigotes. Son sentimiento, entre tres personas de las que quisiéramos saber más, si nos dejáramos ir al vicio de la novela, pero de las que nos sugiere bastante este cuento para que nos sintamos amigos de Hervé, rivales de Walter y enamorados de Francina, algo pueriles. (Así es el estado inmediato de la conciencia después de la lectura de un cuento). — *CORPUS BARGA*.

Cantos y cuentos del Antiguo Egipto. (Biblioteca de la *Revista de Occidente*, 1925.)

Musas lejanas

Bajo este frontispicio ha inaugurado la *Revista de Occidente*, en su Biblioteca, un departamento que vale la pena de visitar con atención.

La Biblioteca de la *Revista de Occidente* —digamos antes de más— es un edículo en andamiajes, una de esas construcciones de hoy que no se sabe bien, hasta su finalización, adónde van a ir a parar, de cuántos pisos van a disponer, ni cuál será la definitiva distribución de sus partes.

La Biblioteca de la *Revista de Occidente* tiene por ello como un carácter botánico. Semeja un organismo involuto, una floración en proceso, cuya conformidad a plan —que dirían los biólogos— es todavía difícilmente aprehensible para el observa-